

**DISCURSO INAUGURAL DEL EXCMO. SR. D. JOSE
MARIA DE MULLER Y DE ABADAL, PRESIDENTE
DE LA DIPUTACION PROVINCIAL DE BARCELONA**

El Excmo. Sr. D. José María de Muller y de Abadal, Presidente de la Diputación Provincial de Barcelona, nos honró no solamente presidiendo la primera sesión, sino con un brillante discurso inaugural que comenzó con un saludo a los amigos de Ciudad Católica, al Instituto Filosófico Balmesiano, dirigido por el Rudo. P. Roig Gironella, S. J., y a todos los simpatizantes y asistentes; a los venidos de fuera en nombre de la Ciudad, que se extiende en la llanura que va desde el Tibidabo hasta el mar entre el templo del Sagrado Corazón del Tibidabo, en el lado de la montaña, y, en el lado del mar, el templo de Santa María del Mar, y la basílica de la Merced; "como si se quisiera indicar, con este simbolismo, que se va a Cristo, al Sagrado Corazón de Jesús, por María. Per Maria ad Iesum"; y como Presidente, en nombre de la Diputación Provincial de Barcelona, Provincia también mariana, puesto que en ella la Virgen tiene un pedestal, como Patrona de Cataluña, en la Montaña de Monserrat, y templos tan significativos como los del Vinyet de Sitges, de nuestra Señora de la Seo en Manresa, de Santa María de Queralt en Berga y tantos otros.

A continuación transcribimos los párrafos más sobresalientes de su discurso:

Los cristianos somos a la vez ciudadanos de un Estado y miembros de la Iglesia. Obedecemos a dos potestades, a la potestad espiritual o eclesiástica, que anuncia el Mensaje de Cristo para salvar a los hombres, y a la potestad civil que defiende y fomenta el orden temporal. Ambas potestades son soberanas en su género, y su distinción obedece a la que con su verbo sancionó el mismo Cristo cuando dijo: "Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César". Pero, como el sujeto pasivo de ambas soberanías y de ambas potestades es el mismo, es el hombre, es preciso que entre ambas se dé una ordenada relación unitiva, una coordinación, una armonía. Y ahí es donde yo veo reflejada la importancia de esta idea, que desarrolla la Ciudad

Católica. La Ciudad de Dios y la Ciudad del Estado son dos Ciudades, ciertamente, independientes entre sí, y soberanas, pero que deben estar armonizadas, coordinadas. Y lo que pretende la Ciudad Católica es que en esta Ciudad de la Tierra se produzca el Reinado Social de Cristo; es decir, que se restaure el orden social cristiano. Y es, precisamente en esta Ciudad así concebida, en la Ciudad Católica, donde tiene su puesto brillante el hombre de hoy, donde la Iglesia católica señala su misión al seglar, al hombre de este mundo, que cuida también de los intereses temporales en la construcción de la sociedad cristiana.

En el programa de esta VII Reunión de amigos de la Ciudad Católica se reproducen, con gran acierto, dos textos del Concilio Vaticano II. Uno es de la Constitución *Gaudium et Spes*, lleno de significado: "Tiene, pues, ante sí la Iglesia al mundo, esto es, la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades en que ésta vive; el mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias; el mundo que los cristianos creen fundado y conservado por el amor del Creador, esclavizado bajo la servidumbre del pecado, pero liberado por Cristo, crucificado y resucitado, roto el poder del demonio, para que el mundo se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación."

El otro está tomado del Decreto sobre el Apostolado de los Laicos: "La obra de la redención de Cristo, mientras tiende de por sí a salvar a los hombres, se propone la restauración incluso de todo el orden temporal. Por tanto, la misión de la Iglesia no es sólo anunciar el mensaje de Cristo y su gracia a los hombres, sino también el impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico."

La religión católica, por tanto, reconoce una doble atadura en el hombre: la atadura natural, al mundo en que vive, y la atadura sobrenatural, a Dios. La religión no desconoce, pues, este doble lazo. Por un lado, el mundo en el que estamos inmersos, y del cual nos invita la Iglesia a restaurar el sentido cristiano, en todo el orden temporal; bajo una luz que deriva de

Cristo. De ahí la cita, optimista y reconfortante de San Juan: "Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida."

El hombre del siglo xx ha de amar, debe de acercarse con espíritu abierto y optimista a las cosas del mundo. Con sentido cristiano nos damos cuenta de que incluso el cultivo de las cosas materiales y temporales nos lleva a Dios, Autor de todo lo creado.

Donde nace, ciertamente, el error en el mundo actual, como en los pretéritos, es en amar las cosas de este mundo por encima de las cosas divinas. Es decir, en adorar en lugar de Dios a lo que es obra suya, o a lo que es obra humana, que el hombre construye valiéndose de los instrumentos que Dios ha puesto en su mano.

Romper las tablas de la Ley, elevar por encima de lo divino el becerro de oro, es la equivocación, es el mal. Por lo tanto, hay que comenzar por producir el cambio en el corazón del hombre, que es el que corrompe la belleza creada por Dios.

Al lado de la atadura natural, perfectamente legítima y querida por Dios, está una atadura sobrenatural, objeto de la religión, es decir, de la relación del hombre con Dios. Religión que no persigue otra cosa que la salvación de los hombres. Pero el error moderno está también en querer crear una religión sin Dios, una religión que substituya a Dios por el hombre, religión de un nuevo humanismo, alentada por aquella tentación de la serpiente: "Seréis como dioses." En esa rebeldía demoníaca es donde está la perdición del hombre. Por eso viene también aquí perfectamente otra cita que reproduce el programa: "El humanismo laico y profano ha aparecido, finalmente, en toda su terrible estatura y, en un cierto sentido, ha desafiado al Concilio. La religión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la religión —porque tal es— del hombre que se hace Dios." Palabras de Paulo VI en la clausura del Concilio Vaticano II.

Y en este mundo, en el que vivimos, al que hemos de amar, en el que quiere Dios que desempeñemos nuestro papel, y por El

y con el esfuerzo para mejorarlo alcancemos la salvación eterna, en este mundo, observamos, hoy en día, tres grandes crisis: Por un lado, crisis de fe, y por otro, crisis de humildad y de obediencia.

La fe, dijo el Papa en su reciente viaje a Colombia, sufre la insidia de las corrientes más subversivas del pensamiento moderno, denunciadas en repetidas y solemnes ocasiones —entre ellas, en carta dirigida al Congreso de Teología celebrado en Roma en septiembre de 1966—, crisis alimentadas por esos teólogos que recurren a expresiones doctrinales ambiguas y se arrojan la facultad de enunciar opiniones propias atribuyéndoles aquella autoridad que ellos mismos, más o menos abiertamente, discuten a aquel que, por derecho divino, posee el carisma maravilloso de confirmar en la fe a los hermanos. Fe que, en Europa como en Hispanoamérica, como en todo el mundo, está expuesta a asaltos. Ataque ante el cual os invitamos a la defensa de esta fe, amenazada no solamente desde fuera, sino que también desde dentro de nuestra Iglesia. Especialmente me dirijo a vosotros, porque formamos parte de esa España que, en estado de misión, se volcó en América, cuando apenas habían concluido los ocho siglos de lucha por la religión, y la cristianizó.

Crisis de humildad. Aquí podríamos traer a colación, como nuestro querido Arzobispo Dr. Marcelo, en sus conferencias cuaresmales, las palabras del fariseo: “Yo no soy como los demás hombres.” ¡Qué tentación más fuerte! Cuando la postura del cristiano es otra, es la actitud del publicano: “Yo no soy digno de alzar la vista ante Ti, ¡oh Dios mío!, porque soy un pecador.” Esa humildad que, como se decía en la Santa Misa hace un instante, está encarnada y magníficamente representada por la humildad de nuestra Madre la Virgen Santísima en aquel *Magnificat*: “porque ha contemplado Dios la humildad de su esclava, por eso me llaman bienaventurada todas las generaciones..., por eso, precisamente, por esa humildad de esclava que no se atreve ante Dios ni casi a presentarse como persona.

Nosotros, cristianos, nosotros, miembros y simpatizantes de

la Ciudad Católica, debemos profesar esa virtud en este mundo en el que prácticamente ha desaparecido. Humildad ante Dios, ante sus leyes, ante su Revelación, ante su Iglesia, en la salud y en la enfermedad, en el fracaso y en la victoria, en la vida como en la muerte. La soberbia consiste precisamente en querer organizar las cosas de este mundo y de nuestra ciudad civil como si no estuviésemos en dependencia respecto de Dios.

Crisis de obediencia, porque si la práctica de la virtud de la humildad nos lleva a la práctica de otra virtud, de la que también carece tanto el mundo actual, la crisis de obediencia es consecuencia de la falta de humildad. "La fe —dice un autor— así amenaza con desintegrarse. Una Iglesia oculta, clandestina o subterránea, como gusta llamarse, en algunas naciones se alza desobediente y en rebeldía frente a la Iglesia institucional, en pugna por usurpar los moldes de una fundación cuyas líneas de existencia han sido marcadas por Cristo." Paulo VI, dirigiéndose al Congreso mundial del apostolado seglar, el 15 de octubre de 1967, decía textualmente: "Ninguno puede llevar a mal que la causa instrumental normal de los designios divinos sea la Jerarquía y que en la Iglesia la eficacia sea proporcional a la propia adhesión a aquellos a quienes Cristo ha constituido en guardianes para facilitar la Iglesia del Señor. Cualquiera que pretenda actuar sin la Jerarquía, o contra ella, puede ser comparado con una rama atrofiada por no estar conectada con el tronco que le proporciona la savia. Como la historia lo ha demostrado, un tal será sólo una gota de agua separada de la gran corriente y que termina miserablemente por sumirse en la nada."

Obediencia y acatamiento al magisterio eclesiástico es lo que preconizan estas palabras del Santo Padre. Por eso me complace constatar que la Ciudad Católica, desde el principio, se trazó la misión de ser un eco de la Iglesia, un eco del Santo Padre, y no voz de la Iglesia. Acto de humildad y de docilidad que debemos mantener permanentemente, en el corazón limpio y en la mente, durante todos los días de nuestra existencia.

.....